

podido sin trabajo enlazar con los principios generales de su teoría sus declamaciones contra los bienes de los eclesiásticos ó de los seglares. Únicamente las gentes instruidas estaban en situación de comprender la parte abstracta de su sistema; el pueblo se limitó á apoderarse de sus posibles aplicaciones prácticas. Así fué que en toda Inglaterra se alzaron, bajo los nombres de *lollards* ó *wicklefistas*, bandas de ladrones que cayeron sobre obispos y monjes, condes y barones, diciendo que todos los hombres nacen iguales, que no debería haber nobles ni siervos, que todos tienen derecho á la propiedad, y que era preciso destruir la desigualdad en las clases acabando con los privilegios de la cuna y de la riqueza. En consecuencia, se pusieron á saquear las moradas señoriales, á demoler sus casas, á incendiar y devastar las iglesias y á decapitar á los jueces y jurisperitos, reprochándoles sus sentencias como verdaderos crímenes; negáronse á pagar los impuestos y pretendieron no deber nada á su soberano. Fué preciso recurrir á la fuerza pública para dominar ese movimiento. Enrique V, que los había favorecido cuando sólo era duque de Lancaster, los exterminó al subir al trono. Pero con el nombre de hussitas reaparecieron en Alemania.

Resumen de este capítulo. — La edad media llegó á su apogeo en el siglo XIII. En el XIV empieza la decadencia, notándose en la Iglesia por la disminución de fuerzas del papado y los errores que surgen.

I. La lucha de los papas con los emperadores termina con las dificultades surgidas entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso. Los sucesores de Bonifacio salen de Roma y van á establecerse en Aviñón. De ese modo pierden su independencia y con su independencia su libertad. Alemania se separa de la Iglesia, y ese cisma, que dura cerca de veinte años, inaugura el camino que Lutero seguirá más tarde. Estalla una conjuración en Roma, y la antigua ciudad de los papas se venga del abandono en que la dejan constituyéndose en república. El cardenal Albornoz restablece en Roma la autoridad pontifical, pero el regreso de los papas á la ciudad eterna se hace necesario. Todo los invita á volver. Gregorio XI lo hace efectivamente; pero cuando él muere, son nombrados dos papas, Urbano VI y Clemente VII; uno reside en Roma y otro en Aviñón, y empieza el gran cisma de Occidente. Francia y sus aliados, que son Castilla, Aragón, Portugal, Saboya, Escocia, Lorena y el reino de Nápoles, toman partido por el papa de Aviñón; Italia y los demás Estados católicos por el papa de Roma. Urbano VI tiene por sucesor á Boni-

facio IX y Clemente VII á Benedicto XIII. Ese deplorable cisma va á perpetuarse cuarenta años.

II. La división se ha introducido, pues, en la Iglesia, notándose además en todas las naciones de Europa. Francia se ve turbada por la Jaquería, los *maillotins*, los *tuchins* y *cabochianos*; Inglaterra, por los partidarios de Wicklef; Flandes, por los Ar-tewelde; España por las Cortes; Roma, por Rienzi. Casi en todas partes se juntan la guerra civil y la extranjera. Las sectas que pululan en esa agitación tienen todas el mismo carácter, todas quieren destruir la Iglesia, y con la Iglesia la familia y la sociedad. Tales son las doctrinas antisociales de los fraticulos, de los flagelantes y de los wicklefistas. Estos últimos excitan turbulencias en Inglaterra; pero sus errores no acaban cuando Enrique V destruye las bandas de esa secta, pues ya veremos que Juan Huss y Jerónimo de Praga los propagan en Alemania.

CAPÍTULO XI.

SEGUNDA PARTE DE LA GUERRA DE CIENTO AÑOS. CARLOS VI: ACCIÓN DE LA CASA DE BORGONA (1380-1421) (1).

El reinado de Carlos VI señala en la historia de Francia una de esas épocas de transición en que todo parece hallarse en decadencia. Las ideas nuevas no tienen aún bastante poder para animar y sostener la sociedad que se transforma, y en esa transformación, el pasado, que toca á su fin, pierde cada día alguna parte de su fuerza y de su prestigio, de manera que todo eso produce una especie de decaimiento universal. Ese es el fenómeno que puede observarse fácilmente en aquella época tan calamitosa para la monarquía francesa. En lo interior, Francia se halla trabajada por violentas luchas que tienen el carácter prematuro de nuestras revoluciones modernas; practícanse ensayos de reforma; pero fracasan porque los espíritus no se hallan aún bastante preparados para tan grandes cambios. El enemigo exterior aprovecha ese momento de anarquía y explota con tal fortuna esas disensiones, que llega á apoderarse de la mayor parte del territorio francés, logrando que el mismo poder real declare legítimas esas conquistas.

§ I. — Menor edad y demencia de Carlos VI (1380-1392).

Menor edad de Carlos VI. — Carlos VI no contaba aún doce años cuando subió al trono. Según un decreto de Carlos V, su padre, debía ser mayor de edad á los catorce; pero ese joven se hallaba en la

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: *La Crónica del religioso de San Dionisio*, Juvenal de los Ursinos y los historiadores de Carlos VI. las *Memorias* de Pedro de Femín (1309-1422), las *Crónicas* de Monstrelet á partir de 1400, la *Vida del mariscal Boucicaut*, *Memorias* de Lefebvre de Saint-Remi, llamado Toisón de Oro.

imposibilidad de llegar á gobernar. Sus cuatro tíos, Luis, duque de Anjou, Juan, duque de Berri, Felipe el Atrevido, duque de Borgoña, y Luis el Bueno, duque de Borbón, se apoderaron del poder. El mayor, duque de Anjou, había assolado en otro tiempo con sus rapiñas el Languedoc, cuyo gobernador era. Al morir Carlos V, había robado las joyas de la corona, haciéndose presentar además por Pedro de Savoisy el tesoro del rey, donde había tomado dinero á manos llenas. El duque de Borgoña se había adjudicado el gobierno de la Picardía; el de Berri poseía ya como patrimonio el Berri, la Auvernia y el Poitou, y había añadido á esos países la Aquitania y el Languedoc. El único que no tomó nada fué el duque de Borbón, pero su honradez lo privó de toda influencia.

El duque de Anjou, quien, en calidad de hijo primogénito, tomó el título de regente, pensaba en la conquista del reino de Nápoles, que la reina Juana le había legado por testamento. Como siempre andaba en apuros de dinero, hizo pregonar un nuevo impuesto sobre las mercancías vendidas (1 de marzo de 1382).

Alzamientos en París, en Ruán y en el Languedoc. — Con ese motivo estalló la rebelión que se ha llamado de los *maillotins*. Como al día siguiente de la promulgación de ese decreto quisieran los perceptores cobrar el impuesto sobre unos berros que acababa de vender una vieja, el pueblo corrió á la alcaldía y al Arsenal, donde había grandes depósitos de lanzas, de espadas y mazos de plomo (mazas de armas), se apoderó de ello y persiguió hasta darles muerte á los agentes del fisco. El impuesto fué anulado, y con eso se calmó la sedición.

Pero ese movimiento no se había limitado á la ciudad de París, sino que se manifestó también en las provincias. La insurrección tuvo sus comienzos en Ruán, donde el pueblo se alzó antes que los parisienses; de allí se comunicó á las ciudades de Reims, Chálons, Troyes, Orléans y Sens.

El duque de Berri había visto también la guerra civil turbando su gobierno del Languedoc. En vano intervino el papa; los campesinos renovaron con furor los desórdenes de la Jaquería, refugiándose en las

montañas de los Cévennes, desde donde aterrorizaban con sus crímenes á los nobles y los ricos. Dióseles el nombre de *tuchins* ó bandidos.

Guerra de Flandes. — Los flamencos creyeron favorable el momento para alzarse contra su conde y hacerse independientes. Pedro Dubois y Felipe Artewelde, hijo del famoso Santiago Artewelde, se pusieron al frente de la insurrección de los *gorros blancos*, y vencieron al conde Luis en la batalla de Brujas, el 3 de mayo de 1382. Después de esa victoria, fueron á Inglaterra diputados de las ciudades de Gante, Ypres y Brujas, con intento de ver á Ricardo II, al cual ofrecieron reconocerlo rey si les ayudaba. Los regentes de Francia comprendieron lo peligroso de la situación. Un día que los duques de Borgoña y de Berri estaban tratando del asunto, entró el joven Carlos VI con un gavilán en la mano: « ¿De qué importante asunto están tratando mis señores tíos? les dijo. — ¡Ah, Monseñor!, contestó el de Berri, mi hermano de Borgoña está contándome que los flamencos han expulsado á su señor de su feudo, con todos los gentiles-hombres, y que un cervecero llamado Artewelde, que es inglés de corazón, tiene sitiados en Audenarde el restolos de caballeros de Flandes; sólo vos podéis socorrerlos. — Á fe mía, replicó el rey, muy dispuesto estoy á ello. Vamos en nombre de Dios. Nada deseo tanto como armarme, pues todavía no he llevado armas, y sin embargo, es necesario, si he de reinar con prestigio y honor. » Así quedó resuelta la guerra de Flandes.

Victoria de Roosebeke (27 de noviembre de 1382).

— La nobleza, que tenía que vengar la derrota sufrida en Courtrai en 1302, ardía en deseos de llegar á las manos con los rebeldes. Así fué que no tardó en hallarse en pie de guerra un ejército considerable. Al acercarse los franceses, gran número de ciudades abrieron por sí mismas sus puertas, y Felipe Artewelde se vió obligado á sostener con sus ganteses una batalla decisiva en Roosebeke. Toda su táctica consistió en echarse sobre el enemigo con ciega furia; sus gentes se habían atado unos á otros para que nadie pudiera retroceder. Esa maniobra, que les salió bien en Brujas

contra el conde de Flandes, les fué funesta contra los franceses. Esa masa enorme é inmóvil se vió envuelta por las tropas de Carlos VI, y aquello fué más bien escena de exterminio que combate. Veintiséis mil hombres quedaron muertos en el campo de batalla, y entre ellos Felipe Artewelde.

Esa victoria anonadó á los rebeldes de París y del resto de Francia. Los regentes la aprovecharon para restablecer los antiguos impuestos y retirar á las ciudades sus franquicias y privilegios. Así es que á París lo privaron de sus magistrados electivos, de sus gremios, corporaciones y cofradías, y se formó causa á los que pasaban por jefes de los descontentos. Los príncipes de la sangre se sirvieron de las circunstancias para perder al fiscal general Juan Desmarets, quien marchó al suplicio con admirable firmeza. Al llegar al punto donde iban á ejecutarlo, los que lo rodeaban le gritaron : « Pedid gracia al rey, señor Juan, para que os perdone vuestras maldades. » El respondió : « He servido al rey Felipe su bisabuelo, al rey Juan y al rey Carlos su padre, bien y lealmente, por lo cual ninguno de esos tres reyes tuvo nada que decirme; así es que no haría lo que decís, aunque el de ahora tuviera edad é inteligencia de hombre. Sólo á Dios he de pedir gracia » (1383).

Así que fueron suprimidos de ese modo los principales personajes, el rey decretó que se haría gracia de la vida á los demás rebeldes, mediante ciertos arreglos pecuniarios. Los *tuchins*, atemorizados por esos suplicios, se rindieron igualmente en el Languedoc. Y como el conde de Flandes muriese, el duque de Borgoña, que se había casado con su hija Margarita, heredó sus extensos dominios (1384); esa herencia, que se transmitió durante cuatro generaciones en esa familia, convirtió á esos príncipes en los más temibles rivales del rey de Francia.

Proyecto de desembarco en Inglaterra (1385).

— Al año siguiente se casó el rey Carlos con Isabeau de Baviera (Julio de 1385). Las fiestas que con tal motivo se celebraron no hicieron perder de vista el proyecto que se había concebido de hacer un desembarco en Inglaterra, para castigar á esa nación por la ayuda

que prestara á los rebeldes flamencos. Con tal fin reunió el rey en el puerto de la Esclusa mil quinientos bajeles, cincuenta mil caballos para la expedición, é inmensas municiones de boca y de guerra, contándose entre las primeras barriles de yemas de huevo cocidas y machacadas como si hubiese sido harina. Habíanse hecho, con piezas de las llamadas taraceas, que se montaban y separaban según se quería, una ciudad de madera de tres mil pasos de diámetro, provista de torres y baluartes, y capaz de contener un ejército. Los barcos de la flota estaban adornados con pinturas y esculturas, y los mástiles, cubiertos de oro y plata : magnificencia que recuerda la de la escuadra de Cleopatra. Pero esos inmensos preparativos no dieron resultado alguno. La torpeza del duque de Borgoña y la lentitud calculada del de Berri dejaron que llegase la mala estación, y las tempestades destruyeron la armada (1386).

Fin de la regencia (1386). — Carlos VI sacudió el yugo de sus tíos. Estos habían emprendido una expedición contra el duque de Gueldres, que el rey de Inglaterra había excitado á lanzar un veto al rey de Francia. La empresa salió como las otras : costó mucho dinero y no dió resultado alguno. El pueblo estaba harto de tantas exacciones y debilidad, y deseaba ver terminada la ruinosa administración de esos príncipes, que llamaba los *señores de las flores de lis*. Carlos VI tenía entonces veintiún años. El cardenal Pedro de Montaigu, obispo de Laón, lo excitó, en un consejo que se celebró en Reims, á declarar que en adelante tomaba en sus manos las riendas del gobierno. Hizolo así y llamó al poder á los antiguos ministros de su padre, Oliverio de Clisson, Bureau de la Rivière, Lebègue de Vilaines, Juan de Novían y Juan de Montaigu, que los grandes señores llamaron desdeñosamente los *monigotes ó chuchumecos*. Esa nueva administración fué prudente y económica, como lo había sido el gobierno de Carlos V; desgraciadamente, las locuras del rey paralizaban sin cesar sus esfuerzos. Carlos daba continuas fiestas, alentando con su ejemplo el lujo y la profusión de toda clase que su mujer Isabeau había puesto de moda entre los señores de su corte. Esas

prodigalidades agotaban el tesoro público, y los caprichos del monarca impedían que sus ministros más fieles restablecieran el orden en la hacienda. Así era que cada día precisaba inventar nuevas cargas é imaginar nuevas torturas contra el infeliz pueblo. Por último, un acontecimiento desdichado sumió á Francia en verdadero abismo de infortunios.

Asesinato de Clissón. — Pedro de Craón, favorito del duque de Orleans y pariente de Montfort, duque de Bretaña, resolvió dar muerte al condestable Olivier de Clissón, jefe del nuevo gobierno. Esperó una noche, el 13 de junio de 1392, al salir de una fiesta que se había dado en el hotel de Saint-Pol y lo atacó en la calle de Santa-Catalina. El condestable no advinó por de pronto lo que querían de él; pero Pedro de Craón le gritó: « ¡ A muerte, á muerte Clissón! ¡ Vais á morir! » El condestable se sintió herido inmediatamente y cayó de su caballo. Las gentes de Pedro de Craón lo creyeron muerto y huyeron; pero sólo estaba herido. Al saber ese atentado, el rey corrió á la casa donde Clissón había sido recibido y llegó en el momento en que el condestable empezaba á recobrar el conocimiento. « Condestable, le dijo, nunca será pagada tan cara ni castigada tan severamente cosa alguna como va á serlo ésta. »

Demencia del rey. — Después de ese atentado, Pedro de Craón huyó á Bretaña para escapar á la venganza del rey. Carlos VI resolvió perseguirlo y se puso en persona al frente del ejército que debía castigar á ese vasallo rebelde. En el bosque del Mans apareció una especie de fantasma envuelta en un sudario, con la cabeza descubierta y los pies descalzos, y precipitándose á la brida del caballo de Carlos VI exclamó: « Rey, no sigas andando, antes vuélvete, pues estás vendido. » El espectro penetró en el bosque sin que lo persiguieran. Carlos continuó sin embargo su camino, tembloroso y con el rostro descompuesto. En esto un paje, que llevaba la lanza del rey, la dejó caer sobre el casco de otro paje; al oír ese ruido, el rey se estremeció, y desvainando la espada, cayó sobre aquellos gritando: « Adelante, vamos sobre los traidores. » El duque de Orleans acudió, y Carlos al verlo se lanzó

sobre él: « ¡ Huid, huid, mi sobrino de Orleans, exclamó entonces el duque de Borgoña; monseñor quiere mataros!; ¡ socorro! ¡ qué gran desgracia! ¡ monseñor está trastornado! ¡ Por Dios, que lo sujeten! » El rey no mató ni hirió á nadie, diga lo que quiera Monstrelet; pero desde allí lo llevaron al Mans en una carreta tirada por bueyes.

Ese acontecimiento lo volvió á colocar bajo la tutela de sus tíos, cuyas pasiones é intereses políticos había servido Pedro de Craón al querer asesinar al condestable. Las gentes del común, ó, como esos señores los llamaban, los *mequetrefes*, fueron alejados del poder. El señor de Montaigu huyó á Aviñón. Clissón se fué á sus feudos de Bretaña; Bureau de la Rivière, el señor de Novían y Lebègue de Vilaines, que no lograron evadirse, fueron encerrados en el castillo de San Antonio.

§ II — *Desde la demencia del rey hasta la batalla de Azincourt. Las Armañacs y los Burguñones (1392-1415).*

Cruzada de Nicópolis (1396). — La enfermedad del rey no hizo que la corte renunciara á sus fiestas, y hasta parece que con ellas se trató de distraer los ánimos impresionados por las desgracias de tiempo, y la historia sólo puede referir en aquella época odiosas saturnales y horribles orgías. El pueblo era sumamente desdichado. Terribles inundaciones, á las que se agregaron el hambre y la peste, lo habían sumido en la miseria. Y los que lo gobernaban no parecían ni siquiera ocuparse de esos desastres, ¡ hasta tal punto eran esclavos de los placeres!

En ese mismo año se resolvió emprender una cruzada contra el sultán de los turcos otomanos, Bayaceto, que en su odio contra los cristianos había jurado que daría de comer avena á su caballo sobre el mismo altar de San Pedro de Roma. Los caballeros se alistaron con entusiasmo para esa guerra santa. Desde la batalla de Roosebeke no habían tenido ocasión de distinguirse por grandes hazañas, y ardían en deseos de mostrar su valor. El conde de Nevers, Juan, hijo del duque de Borgoña, que por su intrepidez había reci-

bido el calificativo de *Sin Miedo*, fué puesto al frente del ejército.

Cuando los cruzados hallaron al enemigo cerca de Nicópolis, el rey de Hungría, Segismundo, les aconsejó que lo dejaran atacar con su infantería las primeras filas del ejército otomano, quedándose ellos de reserva para caer sobre los janisarios que Bayaceto había colocado en una eminencia, para que sólo combatieran en segunda línea. Mas, los caballeros pensaron que su honor los obligaba á luchar en primera fila, y cargaron contra las tropas de Bayaceto que, ante tan vivo ataque, se desbandaron fácilmente. Sin embargo, cuando llegaron al punto donde estaban los janisarios, los caballeros estaban ya cansados y deshechas sus filas; de modo que el sultán los destrozó, haciendo morir á cuantos prisioneros quedaron en sus manos. Sólo exceptuó á Juan de Nevers y otros veinticuatro señores, á quienes devolvió la libertad mediante cuantioso rescate (1398).

Isabeau de Baviera. — Mientras los caballeros franceses morían en Nicópolis, los regentes habían pactado una tregua de veintiocho años con el rey de Inglaterra, y no supieron sacar partido alguno de las dificultades que se creó Enrique IV para arrebatar su corona á Ricardo II. Esos codiciosos consejeros no mostraron energía más que en gozar y gastar, arruinando con fiestas y regocijos á la nación francesa. Isabeau de Baviera que hubiese podido prestar á la nación inmensos servicios, de tener la firmeza y virtudes de Blanca de Castilla, era por el contrario mujer vengativa, viciosa y cruel, que sólo tomó parte en los acontecimientos de la época para deshonrarse, labrando la ruina de su patria adoptiva. Esa reina había abandonado la Alemania á los quince años, y no tardó en adquirir las costumbres disolutas de la corte de su marido. Ávida sólo de goces, se había entregado con frenesí á las diversiones y regocijos, excitando aun más en Carlos VI esos gustos, tan desarrollados naturalmente en él. Y cuando la razón de ese príncipe sucumbió de agotamiento de fuerzas y fatiga, su mujer no permaneció á su lado, durante sus demencia, más que para disfrutar de la autoridad, haciéndola servir á la satisfacción de sus pasiones y de sus vicios.

Asesinato del duque de Orleans (1407). — En las rivalidades que habían surgido entre las casas de Borgoña y de Orleans, Isabeau se había declarado por la segunda. Sin embargo, Felipe el Atrevido había conservado sobre ella autoridad preponderante hasta su muerte (1404). Su hijo, el conde de Nevers, Juan Sin Miedo, al recoger su herencia y ocupar puesto en el consejo de los regentes, quiso ejercer la misma influencia que su padre; pero el duque de Orleans, que se sentía apoyado por la reina, se opuso á ello. De ahí resultó entre los dos príncipes terrible rivalidad que estuvo á punto de degenerar en guerra civil. Ya habían reunido sus gentes, fortificado sus residencias é iban á venir á las manos, cuando el duque de Berri se interpuso y logró calmar sus diferencias. La reconciliación parecía completa: el domingo veinte de noviembre, dichos señores de Orleans y de Borgoña oyeron misa juntos, recibieron el cuerpo de Nuestro Señor, después de jurarse mutuamente buena simpatía y fraternidad (1407). Pero esa reconciliación ocultaba la más odiosa perfidia.

El miércoles siguiente, á las ocho de la noche (23 de noviembre de 1407), en el momento en que el duque de Orleans seguía la calle *Vieille-du-Temple*, acompañado solamente por algunos de los suyos, fué asaltado por una banda de asesinos que se precipitaron sobre él gritando: « ¡ Que muera! ¡ que muera! » El duque para hacerse reconocer, dijo: « Soy el duque de Orleans. » — « Á ese es al que buscamos, » respondieron los asesinos; y con eso le deshicieron el cráneo á fuerza de golpes, de tal manera que los sesos cayeron al suelo.

Ese asesinato llenó de consternación á la ciudad. Al día siguiente, Juan de Nevers fué como todos los demás á visitar al príncipe muerto y echarle agua bendita en la iglesia de los *Blancs-Manteaux*: « Nunca, dijo al ver el cadáver, nunca se ha cometido en este reino un asesinato más triste. » Luego asistió de riguroso luto á los funerales y llevó, con lo ojos arrasados por el llanto, una de las puntas del paño mortuario. Pero cuando terminaron las averiguaciones motivadas por el crimen, como todas revelasen la culpabilidad del de

Nevers, el rey le prohibió la entrada en su consejo, y entonces él huyó á Flandes, después de encargar al maestresala Juan Petit que hiciera su apología.

Los Armañacs y los Burguñones. — Expulsado, pues, de Francia, Juan Sin Miedo, duque de Borgoña halló para defenderse algo mejor que la argumentación sofística, y fué su genio político y belicoso. Habiendo obtenido en Hasbain, cerca de Tongres, una gran victoria sobre los ciudadanos de Lieja alzados en armas, volvió entonces á París, arrancó al rey cartas de remisión, y le hizo jurar que la muerte del duque de Orleans no le había causado niugún *disgusto*. Á partir de ese momento hubo en el seno del reino dos partidos formidables el del de Orleans y el del duque de Borgoña. Durante su administración, el primero se había hecho odioso al pueblo con sus exacciones y libertinaje, llegando hasta declarar la guerra á Inglaterra, para luego no hacerla y sin embargo valerse de ese pretexto para establecer nuevos impuestos. Pero los nobles, irritados al ver que Juan Sin Miedo no respetara en él la inviolabilidad de los príncipes, habían tomado su partido. El suegro del joven duque de Orleans, el conde de Armañac, se puso al frente de ese bando y le dió su nombre.

Por el contrario, el duque de Borgoña buscó apoyo en el pueblo y la burguesía. Éste no había tenido nunca la altivez del de Orleans, y siempre se había opuesto á que se esquilmará al pueblo. Á fuerza de mostrarse atento con los burgueses en todas las circunstancias, su popularidad llegó á ser considerable. Así fué que al verlo penetrar de nuevo en París, la multitud se puso de su parte, y trató de aprovechar las discusiones que armaban á los grandes unos contra otros.

Matanzas en París. — Entonces empezaron de nuevo todos los desórdenes que habían surgido durante el cautiverio del rey Juan. El pueblo se dirigió al hotel del Delfín, le ordenó que despidiera á todos los ministros, bajo el pretexto de que le aconsejaban mal, y le hizo observaciones sobre su propia conducta. Al mismo tiempo se organizó una milicia, al mando de un despellador llamado Simón Caboche, por lo cual se dió á los que la constituyeron el nombre de *cabochianos*.

Sus pretensiones consistían en vigilar la corte, reformar el Estado, y destruir las facciones enemigas. Por su parte los doctores y los legistas prepararon las leyes reformadoras que se reclamaban, y publicaron la famosa ordenanza *cabochiana*. El duque de Borgoña aprobó todo lo que se hizo, no avergonzándose de conceder á la multitud cuantas víctimas le pidió ésta.

Desesperados los Armañacs llamaron en su auxilio al rey de Inglaterra, lo que fué una manera de excitar contra ellos al pueblo ya descontento. Alzóse el cadalso en todas las plazas públicas y la sangre de los Armañacs corrió á torrentes por todas partes. Pero el duque de Borgoña acabó por no poder contener á su vez el populacho que había sublevado. Los *cabochianos*, que al principio sólo parecían pedir la reforma de los abusos, proscibieron después la riqueza, y la emprendieron, asesinando y saqueando, contra cuantos poseían algo. La burguesía se avergonzó de esos crímenes y deseó la vuelta de los príncipes. La reacción en ese sentido fué tan grande que el bando cabochiano se vió sometido y el duque de Borgoña tuvo que huir á Flandes (1413).

Batalla de Azincourt. — Mas, cuando la guerra civil se calmaba un instante, era para que tomase nuevo impulso la guerra extranjera. Habiendo muerto el rey de Inglaterra, Enrique IV, su hijo Enrique V se apresuró á hacer nueva reivindicación de los pretendidos derechos de Eduardo III á la corona de Francia, siguiendo la vía trazada por su ilustre predecesor. El parlamento aprobó sus planes, y la nación los recibió con aplauso, por que entonces tuvo esperanzas de satisfacer los celos y rivalidad que siempre abrigara contra Francia. Así fué que Enrique exigió de Carlos VI la ejecución del tratado de Brétigny, y ante la negativa del rey de Francia, desembarcó de improviso en las costas de Normandía, con un ejército de cincuenta mil hombres. Harfleur le abrió sus puertas, y el inglés pasó el Somma, con ánimo de retirarse hacia Calais, evitando al ejército francés, que era cuatro veces más numeroso que el suyo. Retrasóse en su marcha, y se halló con que le habían cortado la retirada en el Artois, cerca de Azincourt; pero lo que causó la pérdida

de los franceses en Crécy y Poitiers, la motivó también en esta nueva jornada. Al precipitarse ciegamente sobre los enemigos, los soldados se hundieron en los pantanos hasta media pierna, y entonces los aniquilaron con sus flechas los arqueros ingleses.

Los franceses perdieron diez mil hombres, entre ellos siete príncipes y ciento veinte señores mesnaderos. Los duques de Orleans y de Borbón, los condes de Eu, de Vendôme y de Richemont fueron hechos prisioneros. Felizmente para Francia, la falta de recursos y lo trabajado de su ejército impidieron á Enrique V sacar de su victoria todo el partido posible, obligándolo á reembarcarse en Calais.

§ III. — *Desde la batalla de Azincourt hasta la muerte de Carlos VI (1415-1422).*

Nuevas disensiones entre los Armañacs y los Burguñones. — Después de la derrota de Azincourt, los franceses, en vez de permanecer unidos, volvieron á sus anteriores disensiones. Los Armañacs habían perdido en la derrota gran número de los suyos, pero se hallaban dueños de París y su jefe, el conde de aquel nombre, á la sazón condestable, tenía en sus manos todos los asuntos del reino, administrando la hacienda, determinando los impuestos y disponiendo á su arbitrio de todas las dignidades importantes del Estado. Juan Sin Miedo observó de cerca los actos de su administración y logró sublevar al pueblo contra él, declamando contra lo enorme de las cargas públicas. Esa frase tan poderosa siempre en los tiempos de turbulencia y de anarquía, operó en las circunstancias presentes profunda revolución. La multitud maldijo á los Armañacs, y como París abriera sus puertas á los Burguñones, Juan Sin Miedo se apoderó de los vencidos. Aquello fué terrible carnicería: las matanzas duraron un día y dos noches, no perdonándose ni siquiera á las mujeres preñadas. El populacho se lanzaba al azar á la calle, penetraba en las casas, y degollaba á cuantos pasaban por pertenecer al partido de los Armañacs. Carlos VI permanecía extraño á esos horrores, é Isabeau de Baviera tuvo la audacia de unirse enton-

ces con el rey de Inglaterra contra los derechos del rey su marido y contra las esperanzas legítimas de su hijo el Delfín.

Asesinato de Juan Sin Miedo. — Pero Juan Sin Miedo, que no podía aceptar la idea de un desmembramiento de la Francia, se separó de esa alianza, rompiendo con la reina para entenderse con el Delfín, de lo cual se alegró el pueblo, pensando que los dos iban á reunir sus fuerzas contra los ingleses, que eran los verdaderos enemigos del reino. Y efectivamente, ambos príncipes debían celebrar en Montreuil una entrevista con aquel fin. El Delfín acudió á la cita y Juan también; pero apenas se halló éste en presencia del primero y de sus gentes, cuando Tanneguy de Châtelo hirió con su masa de armas y lo hizo caer de rodillas (10 de septiembre de 1419). El duque quiso llevar la mano á su espada para defenderse, pero en seguida fué asaltado por otra multitud de asesinos, que lo hicieron pedazos. Esa era una expiación horrible por la muerte del duque de Orleans; el asesinato pagaba por el asesinato.

Tratado de Troyes (1420). — Al saber esa horrible nueva, Isabeau, que se hallaba en Troyes, se declaró por el hijo de Juan Sin Miedo, Felipe el Bueno, y juró ayudarle á vengar la muerte de su padre. El nuevo duque de Borgoña se arrojó desesperado en brazos del partido inglés, firmándose con el rey de Inglaterra el vergonzoso tratado de Troyes, que lleva la fecha de diciembre de 1420. En ese documento se hacía decir al rey: «Queda convenido que después de nuestra muerte, la corona y reino de Francia pasarán y pertenecerán perpetuamente á nuestro dicho hijo el rey Enrique y sus herederos... La facultad y el ejercicio de gobernar y ordenar la cosa pública de dicho reino, serán y pertenecerán durante nuestra vida á nuestro dicho hijo el rey Enrique, con el consejo de los nobles y notables del dicho reino... Todas las conquistas que haga nuestro dicho hijo el rey Enrique sobre los rebeldes, serán y se harán en provecho nuestro... Considerando los horribles y enormes crímenes perpetrados en dicho reino de Francia por Carlos, llamado delfín del Viennois, queda convenido que nos, ni nues-

tro hijo el rey, ni nuestro carísimo hijo Felipe, duque de Borgoña, no tratarán en manera alguna de paz ni de concordia con el dicho Carlos, ni trataremos ni haremos tratar sino con el consentimiento y consejo de todos y de cada uno de nosotros tres, y de los tres estados de los dos reinos antedichos. »

Cansado el pueblo de París de todos los sufrimientos que por espacio de tantos años venía soportando, aceptó ese pacto escandaloso con el mismo entusiasmo que una victoria. Cuando los dos reyes Carlos VI y Enrique V se presentaron en la capital, la multitud los aclamó. Reuniéronse los estados, y Enrique V los halló tan complacientes con él como indóciles habían sido antes con sus legítimos soberanos. Y hasta pudo contar lo bastante con su fidelidad para permitirse volver á Inglaterra y hacer allí gala de sus nuevos títulos y conquistas. Los señores, los caballeros y los hombres de armas compartieron sus esperanzas y se apresuraron á atravesar una vez más en su compañía el estrecho para concluir la sumisión de la Francia.

Muerte de Enrique V de Inglaterra y de Carlos VI. — Felizmente para Francia, no toda la nación sancionó, como lo habían hecho los parisienses, el infame tratado de Troyes. Sens, Montereau, Melún y Meaux resistieron á los ingleses, y el duque de Clarence fué derrotado y muerto en el Anjou (23 de marzo de 1421). Habiéndose retirado el Delfín con el partido nacional al sur del Loira, Enrique V se preparaba á ir á combatirlo, en compañía del duque de Borgoña, cuando lo sorprendió la muerte (31 de Agosto de 1422). El duque de Bedford se apoderó de la regencia, y declaró rey de Francia y de Inglaterra al hijo de Enrique V con el nombre de Enrique VI. Carlos VI murió siete semanas más tarde, no teniendo para asistirlo en sus últimos momentos más que á su canciller, su primer chambelán y su confesor. Su cuerpo fué transportado á San Dionisio. El duque de Bedford asistió á la ceremonia, y el pueblo de París oyó sin indignación las lúgubres frases pronunciadas sobre el féretro de su rey: « Que Dios conceda eterno reposo al alma de Carlos VI, rey de Francia, y que dé vida á Enrique VI, rey de Francia y de Inglaterra, nuestro señor soberano. »

Resumen de este capítulo. — El reinado de Carlos VI fué el más deplorable de la monarquía francesa. Divídese en tres períodos, cada uno de los cuales termina en horrible desgracia: el primero acaba en su demencia, el segundo en la batalla de Azincourt, el tercero en el tratado de Troyes.

I. La menor edad de Carlos VI se inicia de manera poco lisonjera con las dilapidaciones de sus tíos, que dirigen la regencia. Sus excesos provocan alzamientos en todos los puntos del reino; el joven rey logró dominarlos gracias á su victoria de Roosebeke (1382), pero las exacciones de sus tíos paralizan su acción. Entonces se hubiese podido operar con éxito un desembarco en Inglaterra, pero la torpeza y malevolencia de los regentes hicieron fracasar esa empresa. Para colmo de infortunio, el rey se volvió loco (1392).

II. Esa enfermedad volvió á colocarlo bajo la tutela de sus tíos, y con el brillo de las fiestas reaparecieron los anteriores desórdenes. Entonces se predicó una cruzada contra los turcos, y la flor de la caballería fué á hacerse exterminar bajo la dirección imprudente de Juan Sin Miedo en la batalla de Nicópolis (1396). Por un instante se pudo creer que iban á cesar las rivalidades de Francia y de Inglaterra. Ricardo II se casó con la hija de Carlos VI y se pactó entre las dos naciones una tregua de veinticinco años (1396). Pero las discordias que surgieron entre la casa de Borgoña y la de Orleans produjeron horribles disensiones que terminaron en guerra civil. El asesinato del duque de Orleans fué la señal de esas luchas interiores, tan funestas para Francia (1407). Después de ese crimen, la nación se dividió en dos partidos: los nobles sostuvieron á los Armañacs, mientras el pueblo y la burguesía se declararon por los burguñones. Habiendo vuelto á París Juan Sin Miedo, reaparecieron todos los desórdenes que habían ocurrido durante el cautiverio del rey Juan. Los cabochianos se reclutaron entre el populacho y atacaron á los ricos. La burguesía llegó á cobrar horror á esos excesos y pasó al bando de la nobleza, lo que obligó á Juan Sin Miedo á huir á Flandes (1413). Ese mismo año murió Enrique IV, teniendo por heredero á su hijo Enrique V, que al llegar al poder cambió de conducta, y se consagró seriamente á dirigir los asuntos de su Estado. Queriendo aprovechar las luchas interiores que desgarraban á Francia, pasó el estrecho, é infligió á los franceses en Azincourt una derrota semejante á las de Crécy y de Poitiers (1415).

III. Ese desastre no puso término á las desdichadas disensiones de Armañacs y Burguñones. Después de horribles matanzas, Isabeau de Baviera se alió con el rey de Inglaterra, pero tan odiosa política repugnó al mismo Juan Sin Miedo, y entonces pareció que iba á efectuarse una reconciliación entre los partidos, cuando el asesinato de Montereau (1419) reanimó los odios. Felipe el Bueno juró que vengaría á su padre, y se pasó á los ingleses, lo que originó el vergonzoso tratado de Troyes (1420), por el cual fué Francia sacrificada á Inglaterra. Enrique V murió poco después, y Carlos VI no le sobrevivió más que siete semanas (1422). Con Enrique VI y Carlos VII va á comenzar una era nueva.